



CAPITULO II

VISITAS.—SALUTACIONES.—CUMPLIDOS

SE va á ver un hombre culpable para dirigirle reproches, ó á un inferior que necesita de auxilios, ó á una persona famosa por su singularidad, con el objeto de satisfacer un deseo de curiosidad; una visita, en sí misma, no es una muestra de homenaje. No obstante, las visitas de cierta clase se convierten por sí mismas en señales de homenaje. En su forma primitiva, el acto de hacer un presente implica el de ir á ver á la persona á quien se hace. Por consiguiente, en virtud de la asociacion de ideas, este último acto se hace en sí mismo una muestra de respeto y acaba por revestir el carácter de una ceremonia reverencial.

Resulta de ahí que, si por una parte el presente, voluntario al principio, se transforma en un presente obligatorio y acaba por hacerse un tributo pagado

periódicamente, por otra parte la visita que lo acompaña pierde lo que tiene de voluntaria, y á medida que se robustece la supremacía política, se hace la expresion de la dependencia exigida por el soberano á intervalos fijos.

Es natural que esta ceremonia no revista ninguna forma definida, cuando no está regulada la posesion del poder supremo. Tampoco se usa en las tribus simples. Hasta en las sociedades parcialmente compuestas, más bien señala las relaciones entre los jefes inferiores y los superiores, que las relaciones entre la gente del estado llano y los jefes colocados sobre ellas inmediatamente. Hay tambien países cuyos súbditos muestran á sus jefes locales la consideracion que entraña este acto. Ciertos negros de la costa, los Jolofs, por ejemplo, van á ver diariamente á los jefes de sus aldeas para saludarles (1); y entre los Cafres, la Gran Plaza (así se llama la residencia del jefe) es el punto de cita de los principales de la tribu, que aguardan «el momento de tributar homenaje á su jefe (2).»

Pero, como acabamos de demostrar, las visitas que principalmente necesitan ser consideradas como elementos del gobierno ceremonial son las que están obligadas á cumplimentar los jefes secundarios y los funcionarios de cierta categoría. En una sociedad compuesta que tiene á la cabeza un jefe que con sus victorias ha sujetado á otros jefes, se hace sentir la necesidad de demostraciones de homenaje periódicas. Generalmente, el jefe central, sabiendo que los jefes locales avasallados sufren con impaciencia su dominacion, y suponiéndolos incesantemente ocupados en tramar conspiraciones, insiste para que se presenten con frecuencia en el sitio de su residencia. Doble satisfaccion para el jefe supremo; primeramente recibe la renovada seguridad de la fidelidad de sus súbditos, y por los presentes que le hacen y el homenaje que le tributan, adquiere la prueba de que sus huéspedes no se ocupan en tramar complots para sacudir su yugo.

De ahí deriva que en las sociedades compuestas la visita que periódicamente se hace al rey es una ceremonia política. Cuéntase que los jefes indígenas de una nacion conquistada en el antiguo Perú, «recibian orden de residir en la córte de Cuzco durante ciertos meses del año (3).» Algunos de estos jefes, dice F. de Xeres (que iba á visitar á Atahualpa), «eran señores de treinta

(1) G. Mollien, *Voyage dans l'intérieur de l'Afrique aux sources du Senegal et de la Gambie*, 31, 43.

(2) Rev. Jos. Sooter. *The Kaffirs of Natal*, etc. 99.

(3) Cieza de Leon, c. 74.

mil indios, todos sometidos á Atahualpa (1).» En el antiguo Méjico hallamos un uso análogo, que parece tener un origen semejante. Exigíase de los jefes de la provincia conquistada de Chalco, ciertos testimonios de sumision; y «Montezuma II les pedia además que fuesen á Méjico dos meses al año y tomaran parte en sus fiestas (2).» El África de nuestro tiempo facilita un ejemplo que muestra á un tiempo mismo el motivo de esta costumbre y el sentimiento de repugnancia que algunas veces se experimenta en someterse á ella. Entre los Achantis,

«en la gran fiesta anual (la usanza de la *yama*), todos los cabeceros, los capitanes y la mayor parte de los reyes ó jefes tributarios, son esperados en la capital... A veces un jefe odiado por el rey, no se aventura en la capital sin rodearse de una fuerza capaz de defenderle ó intimidar al soberano (3).»

Otro de los ejemplos que muestran que en África la visita pasa por ser la expresion de la dependencia, es el de que «no entra en la etiqueta que el rey de Dahomey visite ni siquiera á sus más elevados funcionarios (4).» Madagascar y Siam nos dan ejemplos en los cuales se halla bien determinado el sentido político de la visita por la obligacion de hacerla á un jefe que gobierna por representacion. Ellis habla de ciertos jefes malgaches que «van á la residencia del gobernador á presentar sus homenajes á los representantes del soberano, segun la costumbre del país, durante la estacion (5).» Bowring cuenta que «los trece reyes restantes» de sus posesiones, que cada año pagaban un tributo al de Siam, «tenian antes la costumbre de trasladarse á la ciudad de Odiáa para hacer en ella su *musbaya*, esto es, para besar la espada de su gran señor, y que ahora por orden del rey hacen otro tanto ante el virey (6).» Sabemos por Tavernier á cuán excesivo punto se llevaba esta clase de ceremonia en el imperio Mogol durante el siglo XVII. «Todos los que están en la córte, dice, están obligados, so pena de graves castigos, á ir por dos veces diarias á saludar al rey en la asamblea: la primera vez entre diez y once de la mañana, en el momento en que administra justicia, y la segunda á eso de las seis de la tarde.»

(1) F. R. de Xeres. *Decouverte du Pérou*.

(2) Ternaux Compans. *Recueils*, etc., II, 332.

(3) Beecham. *Achantee*, etc., 94.

(4) Burton *Mission* etc., I, 296.

(5) Rev. W. Ellis. *Threc Visits to Madagascar*, 127.

(6) Sir John Bowring. *The Kingdom and the people of Siam*. London, 1857, II, 108.

Finalmente, si nos quedara alguna duda sobre este hecho, desaparecería al saber que hoy mismo, en Jummo y Kashmir, el Maharaja recibe dos veces al día la visita de «todas las personas de cierta categoría (1)». Más recientemente aun, el Japon ofrece diferentes ejemplos de esta costumbre y de su significacion. En él habia la visita anual que el monarca temporal hacia al Mikado, primero personalmente, luego por medio de un representante; habia las visitas anuales de los nobles en la córte, los superiores yendo á tributar homenaje al mismo emperador y los inferiores á sus ministros. Finalmente, ejemplo todavía más significativo: habia viajes periódicos, el Siomio, á los cuales ciertos señores estaban sujetos, y á quienes «no era permitido permanecer en sus tierras más de seis meses, debiendo pasar la otra mitad del año en la capital del imperio. Yeddo, en la cual sus mujeres y familia permanecian todo el año con centinelas de vista, como rehenes que respondian de su fidelidad (2)».

Baste recordar al lector qué causas análogas dieron origen á costumbres parecidas en la Europa feudal. Los vasallos visitaban periódicamente á sus señores feudales, y éstos á sus señores feudales respectivos, los reyes; estas visitas dieron lugar á prolongadas estancias en la mansion del gobierno, y habiéndose convertido el cumplimiento de estas visitas en señal de vasallaje, la ausencia del vasallo en determinadas ocasiones era considerada como muestra de insubordinacion.

«El abandono de la vida rural por la nobleza francesa, dice Tocqueville, cuya explicacion reconocia en parte por origen la costumbre, fué indudablemente un fin que los reyes de Francia persiguieron casi siempre durante los tres últimos siglos de la monarquía, con el objeto de separar la nobleza rural del pueblo, de atraer la primera á la córte y de destinarla á los cargos públicos. Esto es lo que sucedió más particularmente en el siglo xvii, cuando la nobleza todavía inspiraba temores á la monarquía (3)».

Añádase á estos hechos que, en nuestros dias, ir á la córte de vez en cuando, es un deber de todos los que ocupan elevadas posiciones, y en general, de todos los individuos de las clases gubernativas, lo que se considera como una marcada expresion de lealtad, de modo que una ausencia continúa se

(1) Drew. *The Northern Barrier of India*. 47.

(2) Kämpfer. *History of Japon*. 49, 66, 11.

(3) Tocqueville. *Société Française avant la Revolution*. Lib. II, cap. 12.

interpreta desde luego como una muestra de irreverencia que entraña eminentemente el desfavor.

Hemos visto en el último capítulo que se ofrecian presentes propiciatorios á los muertos lo propio que á los vivos. Vamos á ver ahora que á unos y á otros se visitaba.

Las creencias primitivas atribuyen á los espíritus fuerzas superiores á las de los hombres, y de aquí puede deducirse que las visitas con el objeto de hacer presentes á los muertos, precedieron á las mismas visitas á los vivos. Vemos que entre los Innuits (Esquimales), que no tienen jefes, y que, por consiguiente, no hacen visitas en señal de fidelidad política, existe la costumbre de hacer de vez en cuando viajes para deponer presentes sobre las tumbas de los padres muertos. Hemos citado ejemplos de esta clase de viajes en épocas periódicas en diversos pueblos, salvajes y medio civilizados. Finalmente, hemos reconocido que estos viajes se hacen en las edades subsiguientes, peregrinaciones de naturaleza casi religiosa ó enteramente religiosa.

Vamos ahora á presentar dos ejemplos escogidos entre los usos de pueblos más civilizados, los cuales muestran la estrecha relación que existe entre las visitas á los muertos deificados ó no, con las visitas á los vivos. «La fiesta, dice Rose en su descripción de lo que se usa por Todos los Santos en España, dura tres días... y las calles están llenas de paseantes. Sin embargo, nadie se olvida de trasladarse á la mansion de sus muertos y de contemplarla con respeto (1)». En el Japon, donde los usos sagrados y los profanos no ofrecen gran diferencia, las visitas hechas á los dioses, á los superiores y á los iguales están unidas con una estrecha relacion. Dice Kämpfer:

«Las fiestas de los Japoneses son días más bien dedicados á actos de cumplimiento y de urbanidad, que á prácticas de santidad y devocion; hasta las llaman con el nombre de *rebis*, lo cual significa día de visita. Sin duda que en tales días se consideran obligados á trasladarse al templo de Tensio-Dai-Sin, el primero y principal objeto de su culto, así como tambien al templo de sus demás dioses y grandes hombres fallecidos... Pero pasan la mejor parte de su tiempo en visitar y complimentar á sus superiores, á sus amigos y á sus parientes (2)».

(1) Rose. *Untredien Spain*. 1, 119.

(2) Kämpfer. *History of Japon*. 51.

Para mostrar mejor aun hasta qué punto es la visita una muestra de dependencia en el Japon ultra-ceremonioso, citemos un pasaje que muestra además una curiosa consecuencia de la creencia japonesa que somete el otro mundo lo mismo que éste, al monarca sagrado: en él se vé en efecto á los dioses visitarse:

«Todos los demás kamis ó dioses del país están obligados á visitarle (en el Mikado, el kami viviente) una vez al año, y á colocarse junto á su sagrada persona, aunque de una manera invisible, durante el décimo mes... que se llama Kaminatsuki, es decir, el mes sin dioses... porque se supone que los dioses no están en sus templos, sino que van á hacer la córte á su Dairi.»

Estos hechos y otros muchos analogos nos obligan á deducir que de las visitas propiciatorias ya á los dioses y ya á los muertos, nacieron por desarrollo estas visitas del culto que nosotros llamamos religiosas. En los cementerios del continente, los parientes van en épocas fijas á suspender de las tumbas coronas de siemprevivas tiernas, y se considera que las guirnaldas marchitas de las tumbas abandonadas atestiguan una falta de respeto para con los muertos; en los países católicos, bajo el impulso de análogos sentimientos, se hacen viajes á las tumbas de los personajes semi-deificados llamados santos; entre las peregrinaciones de esta clase y las que se realizaban en otro tiempo al Santo Sepulcro, la diferencia solo existe en la longitud de las distancias recorridas y en la santidad de los lugares. Estos hechos demuestran que la visita que el hombre primitivo hacia á la tumba en la cual se consideraba que el espíritu residia, es el punto de partida de la visita al templo, considerado residencia del dios, y que estas dos clases de visitas son de la misma familia que las visitas de respeto hechas á los vivos. Por mucha que sea la distancia que parezca separar el acto de ir á la iglesia del de ir á la córte, no son más que dos formas divergentes de una misma cosa. Lo que en otro tiempo les servia de trazo de union ha desaparecido casi del todo hoy dia; pero basta remontarse á los tiempos primitivos y ver en ellos que un viaje á la morada de un superior viviente tenia por objeto llevar á ella presentes y hacer acto de homenaje y sumision, y que un viaje á un templo tenia por objeto depositar en él oblaciones, hacer profesion de obediencia y loar al dios, para reconocer una analogía. Antes del nacimiento de las creencias superiores, el jefe invisible, visitado por el adorador religioso, era considerado como presente en el templo, exactamente lo mismo que el jefe visible en su córte; y aunque en nuestros tiempos se concibe



LA SOCIEDAD FRANCESA Y M^{me} DE POMPADOUR.